

X

LA MANÍA DE LA BARONESA

Curiosa como pocas era ciertamente la personalidad de la baronesa Lampessadas de Palamonville y Souza der Teuffel, van Bruges.

Aparte la enorme amplitud de su talle, que los guías que acompañan á los turistas por las calles de París hubieran podido citar á sus clientes como una de las principales curiosidades de la capital sin temor á verse envueltos en la redes de un proceso, y á más de sus apariencias de infantil candor, conservadas no obstante los diez lustros transcurridos desde su nacimiento, y dejando á un lado su notoriedad barba-azulesca de viuda consolable, distinguíase la tal por una manía especialísima, caracterizada por la persecución de un ideal, al que consagraba la mayor parte de sus horas ociosas.

Hacíase llamar, indebidamente por cierto, baronesa, y dábase importancia ostentando este título, que perteneciera un tiempo á su segundo marido, el señor de Palamonville.

Si alguien, desconocido para ella, sorprendido de la inverosímil colección de nombres impresos en sus tarjetas se atrevía á preguntarle cómo siendo la legítima esposa del excelente flamenco van Bruges se atrevía á

ponerse otros apellidos, contestaba invariablemente, elevando al cielo los ojos húmedos de lágrimas, que no hay discusión posible cuando se trata de recuerdos imborrables, añadiendo enseguida, con candor de niña pequeña, que habiéndose mostrado particularmente tierno para con ella el difunto barón de Palamonville, hábale parecido un deber conservar su título en memoria del muerto, como conservaba, sin que nadie discutiese su derecho á hacerlo, los nombres de los cuatro esposos difuntos.

Prevaliéndose, no sin maña, de ese título más ó menos discutible, la baronesa había logrado deslizarse en algunos salones aristocráticos. En ellos fué considerada al principio como una intrusa; pero como hablaba con desenfado, como no tenía pelos en la lengua y se mostraba generosa no escatimando el concurso de su dinero á quien lo solicitaba con fines más ó menos altruistas, no hubo ninguna marquesa ni vizcondesa que se atreviese á ponerle el veto, y de ahí que su nobleza, discutible sin duda alguna, quedase al fin casi consagrada por la costumbre.

En realidad el único que con perfecto derecho hubiera podido mostrarse quejoso del exceso de apellidos de la baronesa era su actual marido, el excelente van Bruges; pero como éste, reservado y generoso, aceptaba sin quejarse el culto público y un si es no es bufo que su enorme esposa consagraba á sus predecesores, los demás acabaron por imitarle y ya para nadie era motivo de diversión el extraño capricho de la baronesa.

Porque como caprichosa, ¡vaya si lo era la señora! No contenta con haber enviudado cuatro veces y casádose cinco, había incurrido en la monomanía de la maternidad, no desde su primer matrimonio, como parece natural, sino á partir del quincuagésimo aniversario de su nacimiento, lo cual ya es más extraño.

Es de advertir que por singular ironía del destino, ninguno de sus numerosos maridos, no obstante sus heroicas promesas, había conseguido hacerle gustar las inesfables delicias de la maternidad.

Lampessadas, primero de la cronología, teniente de gendarmes, fué en vida alto y delgado.

El segundo, el barón de Palamonville, rentista, había sido pequeño y enjuto de cuerpo.

Domingo y Souza, tercero de la serie, explorador, era grueso, pero no alto.

En cambio el cuarto, der Treuffel, el ex-capitán bávaro, era un coloso, alto como un castillo y grueso como un tonel.

Y nada, ninguno de ellos fué capaz de perpetuar su nombre, siquiera durante una nueva generación.

Por eso fué que la baronesa á la que tantos lutos sucesivos y tantas emocionantes decepciones hicieran engordar más de lo que permite la decencia, habíase decidido á maridar por quinta vez con el flemático van Bruges, comerciante en lanas de la ciudad de Brujas, el cual, por no parecerse á ninguno de sus antecesores, no era ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado.

Pero el resultado de esta quinta boda, por lo que á la progenitura se refiere, fué tan negativo como el de las anteriores. Y como dentro de la legalidad le estaba por lo visto vedado el tener fruto de bendición, la baronesa hubo de acordarse de pronto de cierto niño, nacido muchos años antes, en Córcega, producto clandestino de su único desliz extra-conyugal.

Acordarse de ese niño por ella abandonado treinta y cinco años antes, y nacer la esperanza en su corazón, todo fué lo mismo; y á partir de aquel momento ya tuvo un objeto su existencia; el de buscar por todas partes á un niño que debía ser un hombre hecho y derecho.

La cosa no dejaba de ofrecer dificultades para ella; pero se hallaba decidida á arrostrarlas todas sin intimidarse ni ante la justa cólera de su marido ni ante la burla del mundo. Hallábase sinceramente arrepentida del olvido en que durante tanto tiempo dejara á su hijo, y ese arrepentimiento era para ella como un escudo.

Comenzó pues por arrojarse á los pies de su marido estupefacto, á quien confesó su antigua falta, que en nada amenguaba su honor de esposo, puesto que dejando á un lado el teniente de gendarmería, único que habría podido amostazarse, tres otros maridos habían ido sucediéndose para la más completa y definitiva absolución del pecado.

Sin la menor dificultad obtuvo pues del excelente van Bruges la deseada autorización para proceder como lo tuviese por conveniente, y en el acto quemó sus naves la baronesa enterando al mundo todo de la emocionante historia de su pecadillo de juventud y de las consecuencias del mismo, consecuencias que ella deseaba reparar á todo trance.

Una confesión por ese estilo no deja de ser heroica de parte de una mujer; pero á la baronesa no le sirvió de nada su heroísmo, que pudo en cambio perderla. Su monomanía maternal subió de punto, y llegó hasta el extremo de que suspiraba cada vez que un joven se acercaba á ella, preguntándole enseguida con voz lánguida si no había nacido por casualidad en Córcega y de padres desconocidos. Con tal espontaneidad acudía á sus labios esa pregunta que á veces la formulaba á chicos adolescentes, olvidándose de la edad que en caso de vivir debía contar su hijo, á menos que no lo hiciera, pues todo es posible, con el secreto desco de parecer más joven.

Dos excentricidades había cometido en los últimos tiempos: fué la primera la de ir á visitar casa por casa el barrio latino, con la pretensión de encontrar á su hijo entre la juventud estudiosa; y la segunda la de insertar en gran número de periódicos de provincias un anuncio bastante sugestivo.

Pocos días antes de la reunión celebrada en casa de la vizcondesa de Aubinesco, la esposa del flemático van Bruges, muellemente recostada en una *chaise longue* ante la ventana, abierta, de su tocador, tomaba el fresco ó mejor aún, disfrutaba de las caricias de un sol tímido, pues en realidad apenas si comenzaba la Primavera.

Van Bruges pasaba casi toda su vida en Bélgica, retenido allí por sus negocios; pero su mujer, que adoraba París y sus placeres, habíase instalado en un lujoso piso cuyos balcones abrían sobre los escasos y éticos árboles de la antigua plaza Real, llamada hoy de los Vosgos.

¿Representaba en realidad la baronesa su edad, es decir, cincuenta años? No nos es posible decirlo. Sólo un geómetra hubiera podido intentar el cálculo, pues la magistral amplitud de su seno era en realidad alar-

mante por lo que á la edad se refiere, y su rostro abotargado, desaparecía bajo una capa uniforme de bermellón, que muy bien podía ser natural. En cambio, y esto es lo innegable, poseía una boca agradable, pequeña y bien amueblada con dientes sanos y blancos; ojos demasiado redondos tal vez, pero expresivos, de mirada altanera á ratos, y á ratos lánguida y provocativa, y una nariz regular que no descomponía el conjunto, agradable, de la cara. Lo más admirable en ella eran las manos, pequeñas, y los imperceptibles pies, puestos al servicio de unas piernas monstruosas.

Aquella mañana, la baronesa, mirando, sin ver, en el vacío, hallábase sin duda entregada á alguno de sus ensueños melancólicos.

— No hay remedio, — murmuraba, — mi salud se quebranta en la empresa, ya lo veo, pero he de seguirla... Me devora la ansiedad por dar con él y al mismo tiempo el remordimiento me atormenta... Apenas como, y siento que me dan vapores, como á esas señoritas de París, que parecen saltamontes... ¿ Por qué será eso?... ¿ Sabe usted?...

La *chaise-longue* crujió bajo el peso de la enorme dama que se inclinaba para alcanzar una bombonera, y también un número del periódico *La Independencia bretona*, fechado la antevíspera, en la primera página del cual aparecía el siguiente sugestivo anuncio:

« AVISO Á LOS QUE NO TIENEN MADRE

« La señora baronesa Lampessadas de Palamonville y Souza der Teuffel, esposa van Bruges, que habita en París, plaza de los Vosgos, número 13, abre sus brazos, su corazón y su bolsa á aquel que se cree huérfano y á quien tanto ha llorado su corazón de madre. »

La obesa dama llevó á sus ojos el pañuelo.

La lectura del anuncio, cuya redacción era completamente suya, habíala conmovido hasta el punto de arrancarle una lágrima.

Siguió monologando:

— Este París ¿ sabe usted? es un infierno donde no es fácil encontrar un hijo capaz de escuchar las súplicas de

su madre. No es posible que el mío haya venido á perderse aquí... Este periódico me da una idea... Sí, iré á provincias, al campo: allí, entre los palurdos, encontraré... ¿ sabe usted?

Algo consolada por tan feliz inspiración tomó de la bombonera tres pastillas que hizo desaparecer en un angulo de su boca; y habiéndose levantado, asomóse al balcón. Acababa apenas de aparecer en él y de adoptar una posición adecuada para fijar la atención de los jóvenes que pudieran pasar por la plaza, cuando una exclamación, la más bonita de las exclamaciones usadas en Flandes, partió de entre sus labios.

Era que acababa de ver en la acera de enfrente, apoyado en las rejas que rodean la plaza, á un zagalón robusto, de robliza apariencia; y aquella visión parecía encantarla hasta el punto de que sólo tenía ojos para el desconocido.

Cubría éste su cabeza con ancho sombrero bretón por bajo del cual se escapaban las mechas de una abundosa y rojiza cabellera, y vestía chaquetilla corta de lana, chaleco bordado y pantalón bombacho, á estilo de su país. Calzaba zuecos nuevos y habíase armado de un paraguas de algodón de color rojo, que era un verdadero monumento. El mozo, con la boca abierta y los ojos redondos, denunciadores de la admiración que le dominaba, contemplaba á su vez desde la calle á la esposa van Bruges.

El corazón de esta última agitábase violentamente, por antojársele que la aparición de aquel mancebo en aquellos instantes tenía algo y aun algos de extraordinaria.

Tan emocionada estaba que sin saber lo que hacía sonrió, presentó á la caricia de los rayos solares su bombonera de plata sobredorada, abrió su abanico, aun cuando la temperatura era casi de invierno, y dió unos cuantos golpecitos con la mano en su peñador para armonizar sin duda los pliegues del mismo.

¡ Qué curiosidad la del zagalón, y qué interés el que puso en seguir la extraña maniobra de la baronesa! Cuando ésta hubo concluido, abrió el hombre la boca para exclamar con desenfado:

— Está visto: hay que venir á París para ver señoras

tan divertidas como esa. ¡Cuidado si tiene gracia la gordinflona!

Adelantóse un poco hacia el balcón, y colocándose bajo este y haciendo molinetes con el enorme paraguas rojo, gritó á voz en cuello:

— Diga usted, buena mujer, ¿no es usted por casualidad la señora que busca huérfanos?

— Yo no soy buena mujer, amigo mío; — replicó la baronesa en tono de afable condescendencia.

Quitóse el bretón el sombrero, no para saludarla, sino para rascarse la cabeza y continuó:

— Bueno, pues no he dicho nada, y no hay que ofenderse, mi ama.

— Tampoco soy ama de usted, por lo menos que yo sepa. Además en París no es costumbre hablar así á gritos y en medio de la calle, ¿sabe usted?

— Eso quiere decir que me vaya, ¿verdad? — dijo el muchacho encasquetándose de nuevo el sombrero; — pues no tendrá usted que decirlo dos veces, que aunque de pueblo, también yo entiendo de indirectas...

— Pues no entiende usted, — afirmó con viveza la baronesa; — precisamente quería decir todo lo contrario. Me gusta la gente de pueblo porque en los pueblos es donde se encuentra respeto y sencillez. Entre usted por ese portal; la portera le dirá lo que ha de hacer en cuanto pregunte por la señora baronesa ¿sabe usted? á ver si al fin nos entendemos.

Dicho esto retiróse la dama del balcón con tanta más viveza cuanto que ya los curiosos comenzaban á detenerse frente á su casa.

El bretón miró con rabia á aquellos desocupados, y á punto estuvo de esgrimir contra ellos el formidable paraguas; pero como el hombre estaba contento sintióse compasivo y se limitó á hacer con el mueble unos cuantos vistosos molinetes, y á desaparecer en el portal no sin haber hecho antes, para admiración de los curiosos, una atrevida y ágil cabriola, mientras pronunciaba estas palabras, que ninguno de ellos debió comprender:

— No hay que mentir, que es un pecado. ¿Quién ha dicho que yo no he nacido para viajar? Pues á la vista

está que ya tengo lo que quería; y que venga otro más listo á hacer lo que yo he hecho.

Y desapareció en el interior de la casa como una tromba, derribando á los que trataron de oponerse á su paso.

Sin duda alguien debió tratarle en su pueblo de mentecato y de poco apto para los viajes, pues no de otro modo pueden comprenderse las palabras por el mozo pronunciadas, y que transcritas quedan. Sin embargo, algunos de los que las oyeron, gentes prudentes y bien intencionadas, pero incapaces de reflexionar, apresuráronse á llegarse hasta el despacho del comisario de policía del barrio de los Archivos para enterarle de que un loco, de especie peligrosa, había penetrado gesticulando y haciendo cabriolas en la casa número 13 de la plaza de los Vosgos.

Deseando mostrar el celo con que desempeñaba el cargo que se le confiara, el comisario, apenas oída la denuncia, apresuróse á trasladarse, acompañado de su secretario y de un agente, al sitio que se le indicara.

Mientras tanto, el mozo bretón, conducido por un criado, hacía su entrada en el gabinete-tocador en que se hallaba la baronesa, y ésta, después de entornar la ventana, extendióse de nuevo en la « chaise longue », adoptando una postura, capaz, según ella, de producir efecto, y se metió en la boca otras tres pastillas, tomadas, como las anteriores, de su bombonera de plata sobredorada.

— Cherry-Cobler, — dijo dirigiéndose al criado — creo que á este joven, por el cual me intereso, no le vendría mal un refresco, ¿sabe usted?

Inclinóse ceremoniosamente el nombrado Cherry-Cobler y no se permitió sonreír hasta después que hubo cerrado la puerta.

— Amigo mío, — dijo la baronesa con gran bondad, — acérquese un poco más, que yo pueda verle de cerca.

El mozo permaneció inmóvil. Aunque nacido, según él, para los viajes, no sabía qué hacer ni de qué lado volverse.

— Tan seguro como que todos nos hemos de morir, — dijo al fin — que tiene usted un pico de oro... Sólo

que usted dirá lo que quiera, pero yo no soy aún su amigo.

— Es una locución corriente, un modo de hablar como otro cualquiera ¿ sabe usted ? — contestó la baronesa, acompañando su respuesta de una inefable sonrisa.

— ¿ Esa sí que es buena ! Ahora salimos con que hay muchas maneras de hablar... Pues mire usted, mi ama, nunca lo hubiera dicho.

— Por ahora no soy más que la baronesa, ¿ sabe usted ?

El bretón preguntó :

— Como quien dice la aparcera, ¿ no es verdad usted ?

— Hombre, no : no es lo mismo, — dijo la gruesa señora sin ofenderse. — ¡ Jesús, qué candidez la de estos palurdos ! No importa ; esta visita me encanta, créame usted, y vamos á hablar como buenos amigos ¿ eh ?

Cherry-Cobler entró, puso una bandeja sobre el velador y se retiró enseguida.

— Llámeme usted Jaime, — dijo el bretón. — Ese es mi nombre, Jaime, mi verdadero nombre.

Descorchó la baronesa una botella de champaña, de las pequeñas, y observó, mientras llenaba los vasos.

— ¡ Jaime ! Bonito nombre... pero deje usted el paraguas y el sombrero, como si estuviera en su casa, y beba sin cumplidos ¿ sabe usted ?

— Eso sí que no, — replicó Jaime abrazando amorosamente el paraguas. — Ahí lo tiene usted, nuevo, nuevecito ; no lo dejo así me aspen.

Y como lo empuñaba con su mano izquierda, se encasquetó el sombrero á fin de que le quedara libre la derecha y poder llevar la copa á sus labios.

— Pues mire usted, sí que tenía sed, — dijo enseguida. — ¡ A su salud, la baronesa !

— ¡ Delicioso ! Es usted delicioso, ¿ sabe usted ?

Como si no fuera con él la cosa, paladeó Jaime el vino, hizo sonar ruidosamente la lengua y exclamó convencido.

— Es de la dulce... Una sidra dulce que quita el sentido... ¡ Apenas si hay que ser rico para tenerla en casa, y así, tan doradita !...

Encantada por la cándida ignorancia del muchacho, la baronesa le llenó de nuevo la copa.

— De modo que usted es la madre de los huérfanos...

¿ Y usted conoce al señor marqués ?

Ella contestó levantando los ojos al cielo.

— Yo soy una madre que busca á su hijo ; cuanto al marqués, conozco más de uno, ¿ sabe usted ?

— Quiero decir el marqués que es de nuestro pueblo, y que es muy rico, — precisó Jaime... — ¡ Demontre de sidrilla ! Es tan picante que se me ha llevado de la memoria el nombre de ese marqués... Sí, señora, eche usted si le peta.

Parece que le gusta, ¿ eh ?

— ¡ Anda la otra ! Claro que me gusta.

La baronesa, con angélica sonrisa preguntó :

— ¿ Y la escanciadora ?

Sorprendido Jaime por esta última pregunta, iba á rascarse la cabeza, que era su modo de acelerar la salida de la idea rebelde, pero hubo de renunciar porque se hallaba cubierto, y ocupadas sus dos manos, una con la copa y otra con el paraguas.

— ¿ La cantadora ? — preguntó, — mire usted, yo no entiendo de canciones ; esa es la fija.

— La escanciadora quiere decir la que vierte el vino, la que sirve de beber ¿ sabe usted ?

Como si nada oyera, Jaime acabó de verter en su copa el contenido de la botella, lo apuró de un trago, y acomodándose bien en su asiento.

— A todo esto, — dijo mirando fijamente á la baronesa — aun no sabe usted por qué vengo. Bueno, pues vengo por la cosa del marqués y del anuncio.

— ¿ Del anuncio ? — exclamó la dama fuertemente emocionada. — Según eso, usted no tiene madre... ¡ Pobre muchacho !

— Diré á usted, — continuó Jaime á quien el champaña absorbido había soltado la lengua. Mi mamá des cansa desde hace unos cuantos años á la sombra de los cipreses, en el cementerio del pueblo, por eso no la busco... Lo que hay es que desde que murió la señora del castillo, no se le cuece el pan al viejo...

— Un momento, muchacho, un momento, porque me

voy á hacer un lío ¿ sabe usted? A ver, qué castillo es ese, y por qué no se cuece ese pan al viejo de quien usted habla, que no sé quién pueda ser...

El bretón, mientras le interrogaba la dama, tomó el vaso de esta, medio lleno aún de vino, y lo bebió con satisfacción evidente.

— El viejo es mi tío el tonto, — explicó enseguida; — y el pan que no se le cuece es como si dijéramos que se le ha metido una idea en la cabeza... Conque fué y me metió un periódico en el bolsillo y me dijo que en él está el nombre de usted, y las señas de esta casa con todas sus letras; y luego me dijo, dice: esta señora que es del mismo mundo que él debe saber dónde vive el marqués que quiere informarse del asesino...

— ¡ Un asesino! — repitió la corpulenta Circe hundiéndose en su nariz un frasco de sales, cuyo tubo por fortuna estaba tapado. — ¡ Un asesino! ¿ Pero de quién, Señor? De quién, ¿ sabe usted?

— ¿ De quién ha de ser? el de la señora de Eparville.

— ¡ De Eparville! Yo conozco ese nombre... como conozco toda la nobleza ¿ sabe usted?... Pero y ese marqués de quien usted habla ¿ quién es?

— Ah, lo que es el nombre de ése sí que no me lo hace usted decir aunque me emplume... ¡ Nada, que no me acuerdo! Ese demonio de sidra es traidorzuela como ella sola, palabra de honor.

— ¿ Y es para contarme esa estupidez para lo que ha subido usted á mi habitación? — preguntó la esposa van Bruges bostezando. — Pues mire usted, á mi no me disgusta la gente de pueblo, porque como le dije antes... A ver, á ver... parece que alborotan ahí fuera... ¿ sabe usted?

En efecto: oíase ruido de voces en la antesala, en la cual varias personas sin duda hablaban tan fuerte que hubiérase dicho que sostenían un altercado. Dominaba la voz del criado, inmediato á la puerta, que decía:

— Ese joven es un protegido de la señora baronesa, y puedo asegurar al señor comisario que no me parece loco.

Los dos ocupantes del gabinete-tocador escuchaban alargando el oído.

— Un magistrado en mi casa, ¿ sabe usted? ¡ Es la primera vez que eso sucede! — balbuceó la baronesa levantándose.

— La afirmación de usted, joven, no basta á destruir la de muchos otros testigos que afirman lo contrario, — contestó al criado una voz lenta y grave. — Como quiera que sea tenemos en la Prefectura médicos que se ocupan exclusivamente de casos como este... ¡ Abra usted esa puerta!

— ¡ Si, sí, que abra! — gritaba otra voz aflautada que no podía pertenecer á nadie más que al portero del inmueble. — Es un loco peligroso — ... ¡ como que me iba á romper su enorme paraguas en las costillas!...

La puerta del tocador se abrió de pronto y en el umbral de la misma apareció la opulenta baronesa.

— Cherry-Cobler, — dijo señalando con gesto autoritario la puerta de la antesala — envíeme enseguida á ese portero á su garita, ¿ sabe usted?

Y volviéndose hacia el magistrado, añadió:

— Señor comisario, respeto las funciones de su cargo ¿ sabe usted? pero su visita, como funcionario de policía, puede ser perjudicial á mi reputación... ¿ Qué es lo que usted desea?

— Señora baronesa, — balbuceó el comisario, admirativo en presencia del desarrollo de su interlocutora, — me han dicho que un monomaniaco portador de un paraguas inverosímil en el que puede ocultar muchas cosas, todo un arsenal, se había introducido en esta casa...

Sin dejar de hablar procuraba el digno funcionario deslizar una mirada en el interior del tocador, aun cuando inútilmente, porque la corpulenta propietaria del mismo, sin darse siquiera cuenta de ello, obstruía por completo la entrada.

— Pues permítame usted que le diga, — contestó sonriendo con evidente malicia — que por una vez han abusado de la credulidad de usted, señor comisario. El joven á quien en este momento doy asilo inviolable, puesto que por mi casamiento soy súbdita de S. M. Leopoldo II, rey de los belgas, es un compañero de mi hijo; no diré yo que haya inventado la pólvora, pero sí puedo asegurar que no es loco, ¿ sabe usted?

Dicho esto, saludó y se retiró, cerrando tras ella la puerta, mientras que el comisario, malhumorado, se retiraba á su vez balbuceando algunas excusas en las que aparecían confusamente mezcladas las palabras « interés » y « seguridad de la señora baronesa ».

En el tocador Jaime se paseaba á zancadas, sin abandonar ni por un momento su enorme y rojo paraguas...

— Tendré que medir las costillas de ese portero, — decía — para que se entere bien de las dimensiones de mi paraguas.

Volviéndose enseguida hacia la dueña de la casa que entraba entusiasmada, feliz por la prueba de abnegación que acababa de dar, la reconvinó en estos términos.

— Dicen que mentir es un pecado, mi ama. Si es así, ¡ menudo lo lleva usted en la conciencia ! ¡ Yo compañero de su hijo, á quien ni siquiera conozco !... Ha tenido usted gracia mintiendo, como hay Dios.

— ¡ Por una vez !... — dijo ella candorosamente : — es una manera de hablar como otra cualquiera. Pero volvamos á nuestro asunto. Decíamos que usted, joven intrigante, ha pensado en servirse de mis numerosas y buenas relaciones... A mí, la verdad, me gustan los muchachos inocentes, ¿ sabes ? pero no que se burlen de mí.

— Lo primero sí que es verdad, — contestó Jaime ; — ¿ por qué lo he de negar ? Si usted me abandona, ¿ cómo encuentro yo en este París tan grande á ese marqués ? Pero le podemos pagar á usted, la baronesa... Su trabajo, se entiende ; se lo pagaremos tan cierto como que huele usted mejor que todo un jardín de flores.

Reconciliada con el palurdo, la obesa señora reflexionó algunos momentos :

— Vamos á ver si nos entendemos, — dijo inclinándose hacia Jaime, quien retiró su asiento, todo ruborizado. — Yo dispongo de medios, ¿ sabe usted ?

El tagarote se hallaba ocupado en medir con la vista la capacidad de la vacía botella.

— Y que no marra, — decía — están medidas las raciones.

— Sí, dispongo de grandes medios, — repitió la

baronesa. — Buscaremos, juntos ; ¿ sabes, amigo mío ?

— Sí, porque por lo visto los hemos guardado también juntos...

— ¿ El qué ?

— Los gorrinillos.

— ¡ Deliciosa inocencia ! — dijo ella sin ofenderse.

Y luego continuó :

— Quiero decir que buscaremos los dos, ¿ sabe usted ? cada uno una cosa distinta. Usted un marqués y yo un hijo.

— Eso es.

— Aunque lo mejor será que nos asociemos ; encuéntrame usted á mi hijo y yo le encontraré á su marqués.

— Usted comprende el comercio, la baronesa.

— Conozco infinidad de marqueses ¿ sabe usted ? El de Saint-Villier, el de las Matas, el de Trogoff de Kerbiroet...

Horrible estrépito de cristal que se rompe cortó en aquel instante la palabra de la baronesa.

Era que el mozo bretón acababa de oír el nombre que no recordara antes y transportado de alegría hubo de hacer un brusco movimiento que dió en tierra con el velador que sostenía las copas y la botella vacía de champaña.

— ¡ Gracias á Dios ! ¡ Pues apenas si lo he buscado !... ¡ Ea, se acabó ya el buscar ! — gritaba palmo-teando y dándose golpes en la frente como un poseído. — Eso es, eso... Trogoff de Kerbiroet... Pero que eso mismo... Ea, que me vengan ahora á decir que si soy ó no soy y si sirvo ó no sirvo...

Volviéndose rápidamente á la baronesa le preguntó.

— ¿ Dónde vive ?

La gruesa señora mirábalo con ojos brillantes, aunque no por efecto de la bebida, pues á decir verdad no había hecho más que mojar los labios en la copa que después vació Jaime.

— Antes de que se lo diga, — contestó — hemos de hablar de mi hijo ¿ sabe usted ?

— Bueno, pues dígame usted cómo se llama.

En vez de responder, ella preguntó con zalamería.

— ¿ Sabe usted leer, joven campesino ?

— ¡ Pero cuidado si es usted divertida, señora!...
¿ Qué se le puede importar á usted si se leer ó no ?

La baronesa acercó á sus ojos un pañuelo bordado y perfumado.

— Usted no me comprende, amigo mío, — murmuró con voz enternecida. — El nombre de ese hijo tan querido está escrito aquí, en el fondo de mi corazón, cerrado para todo el mundo desde la época de mi adolescencia... Voy ahora á entreabrirlo, por una sola vez, ¿ sabe usted?... Pero ya hablaremos de esto más tarde, porque usted se queda aquí, en mi casa. Me parece lo más prudente: en París podría usted perderse ¿ sabe usted?...

XI

CONSEJO DE GUERRA

En el palacio de la Avenida del Bosque de Bolonia la comida, sencilla, había durado poco tiempo.

Apenas terminada, las dos pupilas del anciano marqués se despidieron de él deseándole buen viaje y pronto regreso y ocuparon el landó, con la institutriz, ascendida á señora de compañía, y con Jorge de Mercœur que había solicitado el honor de acompañarlas hasta su palco del Teatro Francés, en el que debían pasar la velada.

Poco tiempo después en las ventanas del hotel-palacio no brillaba una sola luz; hubiérasele creído deshabitado, mirando á él desde la Avenida; solo aparecían alumbradas las ventanas correspondientes al despacho del marqués, cocinas y dependencias, que abrían sobre el jardín.

Mientras los hornillos iban apagándose uno tras otro, el personal del hotel, que se hallaba reunido en la cocina, ocupábase en comentar la noticia referente al viaje del marqués, noticia comunicada por el ayuda de cámara.

El anciano gentilhomme tenía grandes simpatías entre sus servidores; queríanle todos, y sin embargo todos se regocijaban ante la perspectiva de su viaje, por coincidir este con la víspera de una fiesta popular, la mi-carême, para celebrar la cual no habrían obtenido sin duda per-